

Por el Señor de Chalma

Martha Delfín Guillaumin

Realizar la reseña de *El pueblo del Señor: las fiestas y peregrinaciones de Chalma*, ha representado para mí un doble placer. Por una parte me trae a la memoria un recuerdo familiar; por otro lado, me permitió un acercamiento desde una mirada antropológica a uno de los fenómenos más representativos de la religión popular mexicana. Cuando era niña y vivía en la ciudad de Chihuahua, varias veces escuché a mi madre decir que “ni yendo a bailar a Chalma” tal asunto se resolvería. Evidentemente, se refería a algo difícil o imposible de solucionar. Esta expresión tan peculiar llamó mi atención. ¿Qué era Chalma?, ¿por qué había que ir a bailar?, ¿en dónde quedaba Chalma? Debo aclarar que mi madre era oriunda de Puebla, y seguramente esa expresión la llevó importada a Chihuahua. Por supuesto que ella me explicó que Chalma era un santuario ubicado “en los cerros” del Estado de México y que era famoso por su Cristo milagroso y por los peregrinos que iban allí a bailar y a pedirle algún favor o milagro. Después tuve la oportunidad de leer el libro de la pareja de antropólogos María Rodríguez-Shadow y Robert D. Shadow, y en él pude entender que detrás de la fama del santuario, de su Cristo crucificado, de los peregrinos y sus manifestaciones religiosas populares, se encuentra un complejo sistema de relaciones sociales, económicas y culturales que sólo se explica desde la erudita revisión histórica y antropológica que han realizado los autores.

Como ellos mismos señalan, los principales objetivos de su obra son identificar y analizar el ciclo fes-

tivo y los diversos aspectos ceremoniales de la religiosidad popular tal y como se manifiestan en el santuario de Chalma (p. 20), es decir, contribuir al conocimiento de este centro religioso y analizar “La religiosidad popular y los ritos y ceremonias que se desarrollan durante el ciclo festivo en el Santuario de Chalma” (p. 23).

Para organizar su exposición, los autores han dividido su documento en un aparato introductorio, seis capítulos, en que incluyen las conclusiones, y un anexo que contiene el listado de exvotos. Precisamente en la introducción, ofrecen un erudito comentario sobre los distintos autores y teorías que se refieren al estudio de la religión popular. De esta forma, ellos suponen que “para comprender cómo la religión popular opera debe analizarse en relación con el desarrollo capitalista, las peculiaridades de las relaciones de clase, el tipo y el grado de la intervención estatal en el sistema político local, las luchas en la arena política y aun la de los símbolos” (p. 19).

Asimismo, aclaran que para poder abordar el estudio de este santuario y las manifestaciones religiosas que en él ocurren, metodológicamente lo hicieron partiendo del análisis de su ubicación geográfica, los rasgos distintivos regionales que se vinculan evidentemente con el proceso de evangelización que se dio en el área geográfica a la que pertenece Chalma, los grupos étnicos que allí se establecieron, el tipo de asentamientos urbanos o rurales, los aspectos socioeconómicos y políticos, así como las tendencias

Los rasgos regionales se vinculan con la evangelización que se dio en Chalma

ideológicas de la población, y particularmente, el desarrollo histórico de las creencias religiosas y de las prácticas económicas (p. 18).

Para su estudio, los autores realizaron un erudito análisis de las fuentes, para reconstruir la historia prehispánica y colonial de la región, acompañándolo de un exhaustivo trabajo de campo durante el ciclo festivo 1990-1991.

De esta forma, a lo largo de seis capítulos, los autores cumplen su propósito y llevan a cabo un recorrido que inicia en los antecedentes prehispánicos del lugar. No podría ser de otra manera, ya que este sitio era objeto de veneración por sus antiguos pobladores, los ocuiltecas del cacicazgo de Ocuilán, al que pertenecía el pueblo de Chalma, cerca de Malinalco, en el actual Estado de México. Era un sitio elegido por los dioses; de hecho, se supone que su nombre así lo indica: la “mano preciosa” de los dioses, que creó ese paisaje tan bello (p. 28).

Los ocuiltecas adoraban en los cerros y cuevas a distintas divinidades, entre las que destacaba particularmente Ostoc Téotl, una advocación de Tláloc según algunas fuentes, o de Tezcatlipoca, según otros testimonios, al cual iban a visitar personas “de cerca y de lejos” desde épocas muy remotas. Ostoc Téotl, también conocido como Tepeyólotl, era el señor de las cuevas, el corazón de la tierra, de donde nacía el agua terrestre. Al mismo tiempo, como advocación de Tláloc, representaba también al agua celeste. Al llegar a la región, los frailes agustinos comprobaron que su labor evangelizadora se veía afectada por el culto que los naturales reservaban para Ostoc Téotl en la cueva de la barranca de Ocuilán.

Entonces recurrieron a un artificio para lograr la sustitución del culto. La forma en que los autores relatan este suceso demuestra nuevamente el dominio del manejo de las fuentes utilizadas para recrearlo. El prodigio del Cristo crucificado aparecido en la cueva en

donde se adoraba anteriormente a aquella deidad acae-ció, según la tradición, en la Pascua del Espíritu Santo, el 8 de mayo de 1539, en que se venera la aparición del arcángel san Miguel. Tal y como lo señala acertadamente la doctora Beatriz Barba de Piña Chan en el prefacio de este libro, “se necesitaron dos figuras católicas para suplantar a dos figuras indígenas, y éstas fueron san Miguel Arcángel y el Cristo crucificado a cambio de Tepeyolohtli y Tláloc” (p. 15).

Estas tácticas de sustitución que “reflejan la política de violencia simbólica y aculturación forzada, característica de las misiones que han servido de cortejo a las empresas de colonización y conquista” (pp. 39-40), no son exclusivas del centro de México. Los autores mencionan también otros santuarios que fueron producto de esta misma práctica de sustitución, a saber, Tepeyac, Cholula y Ocotlán.

Se creó el milagro de la aparición del Cristo crucificado para suplantar al dios prehispánico y luego se procedió a fundar un santuario católico en la zona próxima a la cueva. Más adelante, se dedica un breve apartado a los “otros Cristos” aparecidos o encontrados en diferentes puntos del territorio mexicano, que también han dado lugar a diversas manifestaciones de culto, aunque no en las proporciones del Cristo crucificado de Chalma, que desde un principio, según la tradición, se caracterizó por sus múltiples milagros. La lista de estos extraordinarios sucesos se inicia con el relato de la curación de un moribundo, una especie de crónica de prodigios con la que da la fama y la tradición al santuario, fomentadas con las indulgencias concedidas desde Roma para los peregrinos que lo visitaran en ciertas fechas.

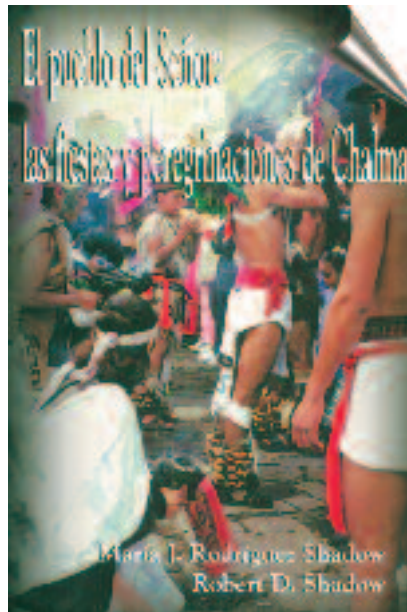
El capítulo tres se dedica a la historia del pueblo de Chalma, municipio de Malinalco, lo mismo que a su organización sociopolítica y a las actividades económicas que se realizan actualmente, así como a las particularidades de la traza urbana determinadas por el tipo de terreno escabroso en el que se encuentra, lo que le da su especificidad: “Y son también las barrancas las que dividen a la población y le restan continuidad y cohesión, pero no unidad, como insisten en afirmar los mismos habitantes de este pueblo” (p. 62).

Sobresale el movimiento comercial del lugar, que lo mismo involucra a artesanos de los estados de México

y Guanajuato, que de Hidalgo, Michoacán, Yucatán y Guerrero. Una nota jocosa la representa el hecho de que durante la celebración de la feria del Primer Viernes de Cuaresma “presentaron por primera y única vez” un espectáculo travesti, el “Acapulco Golf”, que prometía la actuación de los artistas de moda. Otra noticia singular es la de los jóvenes romeros que visitan los prostíbulos con el pretexto de que la abstinencia sexual sólo se realiza durante el periodo de la caminata.

Mención aparte merece el compadrazgo ritual que involucra a los mayordomos, los residentes del pueblo y los romeros. Cuando llega un peregrino primerizo, puede ser apadrinado y coronado por un lugareño, lo cual establece un vínculo de compadrazgo ritual. Una denuncia escandalosa se refiere a la falta de infraestructura para atender las necesidades inmediatas de los peregrinos y de los visitantes del lugar, particularmente el servicio de sanitarios y de limpieza general, y ello provoca que el pueblo de Chalma esté prácticamente abandonado en este sentido por las autoridades municipales y por los frailes agustinos, que son precisamente quienes reciben los beneficios inmediatos de los consumos, limosnas y donativos de los creyentes. El ejemplo más evidente de esta indiferencia de los agustinos, según los autores, fue la falta de apoyo que estos religiosos manifestaron durante la tragedia que significó la muerte de los peregrinos en la Feria del Primer Viernes de Cuaresma.

En el capítulo cuarto se expone una amplia explicación sobre las etapas constructivas del santuario, desde el siglo XVII. En 1783, Carlos III, por medio de una real Cédula, lo nombró “Real convento y santuario de Nuestro Señor Jesucristo y san Miguel de las Cuevas de Chalma”. Sin embargo, lo que resulta más llamativo de este apartado son los exvotos, también conocidos como “milagros”, que se consideran una expresión de arte popular, debido a que son producidos por y para los sujetos populares, es decir, las personas pobres.



Precisamente, en el anexo del libro, se encuentra el listado de los exvotos analizados y diferenciados por fecha, tipo de material, motivo o favor recibido, lugar y género; entre éstos hay uno muy curioso de julio de 1984 en que el agradecimiento es porque “salvó a vaca de enfermedad” en Atenco. Existe además el Cuerpo de los Guardias de Honor del Señor de Chalma, que se creó en 1922; son los devotos del culto, que se encargan del orden, la vigilancia y la limpieza del santuario durante las fiestas y por las visitas de los peregrinos.

El capítulo quinto representa la parte medular de esta obra, porque no sólo describe el ciclo de las fiestas sino también los comportamientos sociales, o sea, la organización de las peregrinaciones desde el lugar de origen, el arreglo y remozamiento de las cruces de los cerros que rodean el santuario, el tipo de peticiones que según los datos arrojados por las entrevistas mueven a las personas a acudir a este lugar en busca de ayuda o consuelo, o por simple curiosidad; las danzas que interpretan los grupos de concheros y otros danzantes, entre las que se cuentan la gitana, los cañeros, moros y santiagos, los negritos, los doce pares de Francia, los vaqueros, los arrieros, las pastoras; esta última danza es interpretada por mujeres otomíes y mazahuas.

Además, se ofrece una tipología de las ferias y de la organización de los peregrinos en torno a ellas, lo que refuerza los lazos de identidad y solidaridad entre los habitantes de los barrios y pueblos que participan. Los tres tipos de romeros son los que acuden en peregrinación corporada (mayordomía), los que marchan en forma masificada, y los que asisten por las instancias pastorales de la Iglesia. El primer caso se refiere a las organizaciones religiosas de gestión laica, que no sólo convocan sino que también financian estas peregrinaciones. En el segundo tipo, los devotos llegan por su cuenta a las fiestas de Chalma, tienen carácter puramente circunstancial (sin mayordomía) y se unen por lazos familiares, de amistad, vecindad o trabajo. El tercer

Las cruces se levantan “para espantar a los malos espíritus” y como muestra de gratitud

caso corresponde a las fiestas instauradas y dirigidas por el personal religioso del santuario, por ejemplo, la Feria de san Miguel Arcángel del 26 de septiembre al 1 de octubre.

Durante las fiestas se realiza uno de los rituales más impresionantes: el relacionado con las cruces y las danzas. Las cruces que se encuentran, como ya se dijo, en los cerros y riscos próximos a la barranca del santuario, alcanzan una altura de hasta siete metros, y cada año son remozadas por sus “dueños”. Las cruces han sido heredadas, “como es la costumbre”, a las personas que continuarán haciéndose cargo de su cuidado, y esta asignación se efectúa por lazos de parentesco o de amistad, aunque en algunos casos el dueño “ve en sueños” a su sucesor.

Las cruces se levantan “para espantar a los malos espíritus”, pero sobre todo como señal de agradecimiento por los favores recibidos. Cada cruz se identifica con un nombre. Algunas veces, como la Cruz del Rayo, denominación que obedece al hecho de haberse salvado de un rayo; en otras ocasiones, reciben los nombres por el lugar de origen de la cuadrilla de devotos, por ejemplo, la Santa Cruz de Tacubaya. Las cruces se arreglan con papel cortado o con adornos de tela. Como las cruces deben ser bajadas del cerro, arregladas en el atrio del santuario y devueltas a su lugar, esto significa que sus dueños deben establecer relaciones de parentesco ritual con las personas que los ayudan en esta tarea. Durante la Feria de Pascua de Pentecostés, una anciana de 77 años, dueña de la Santa Cruz de las Ánimas, dedicada a la pepena en Santa María Astahuacan, cuyo ingreso apenas le alcanza para vivir, juntando lo necesario para el arreglo de la cruz, que pesa entre 90 y 100 kilogramos, consigue la ayuda de quince o veinte varones para hacer el descenso. Estos “ayudantes” se convierten en sus “compadritos”. A esto se suma el hecho de que las congregaciones de danzantes ya tienen establecido el compromiso con cierta cruz

para “ir a bailar”; así que se entablan también relaciones de compadrazgo ritual entre los danzantes y los custodios de la cruz.

Si, como afirman los autores, la religiosidad popular se define “como el conjunto de prácticas, ceremonias y rituales ejercidas por gente de los estratos marginados [...] se trata de la religión de lo cotidiano, de lo concreto” (pp. 175-176), entonces esta aseveración se comprueba en las ferias y peregrinaciones religiosas, en las danzas, las mayordomías, los santos itinerantes, las cruces, los exvotos, los cantos en que los practicantes “ven a Dios como justiciero y equilibrador de las injusticias del mundo, de su propia condición”:

Ya llegamos compañeros
a bailar en nombre de Dios
Padre Dios Señor de Chalma,
échenos su bendición...

María J. Rodríguez-Shadow (DEAS-INAH) y Robert D. Shadow (UDLAP), *El pueblo del Señor: las fiestas y peregrinaciones de Chalma*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2000, 204 pp.

Martha Delfín Guillaumin es licenciada en etnohistoria por la ENAH-INAH, y maestra en historia por la UNAM. Se desempeñó como jefa de la Carrera de Historia de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1997-2001), en donde también dicta las cátedras de “Sociedad colonial, siglos XVII-XVIII” y “Rebeliones indígenas, siglo XIX”. Actualmente prepara su proyecto de doctorado en Estudios Latinoamericanos, de la UNAM, sobre el tema “¿Salvajes o marginados? Los ranqueles argentinos y la apachería mexicana desde una óptica comparativa”.

§ Nota aclaratoria 4

El Instituto de Química de la UNAM fue fundado en el año 1941, y no en 1961, como apareció en el artículo “Desarrollo de la química en México en el siglo XX”, renglón 13, columna derecha, página 90, publicado en el vol. 52, núm. 3, octubre del 2001 de *Ciencia*.

EUSEBIO JUARISTI